

La Fuerza del Espíritu. Religión y Teología en América Latina

Richard, Pablo

Pablo Richard: Sacerdote chileno, teólogo de la Liberación; doctor en Teología (Roma) y Sociología (París). Actualmente es coordinador de formación en el Departamento Ecueménico de Investigaciones (DEI: centro regional para Centro América y el Caribe) y profesor de Biblia en la Universidad Nacional de Costa Rica.

La Teología de la Liberación asume en su totalidad una nueva conciencia como Teología del Sur. No sólo esto, también afirma esta concepción verdaderamente espiritual como la inspiración más auténtica y original de toda la tradición Judeo-cristiana. La cristiandad helenista/colonial/occidental/liberal subvirtió esta inspiración original del cristianismo y lo convirtió en su contrario. No fue el cristianismo el que evangelizó al mundo helenista, sino que fue esta filosofía la que «evangelizó» al cristianismo.

Después de 500 años de colonialismo, en una situación actual peor que la de los inicios de la conquista, tomamos mayor conciencia de la crisis profunda de la civilización occidental. Hemos construido un mundo irracional, insostenible y salvaje, que mata a las mayorías y destruye la naturaleza. Como respuesta nace en el Sur y desde el Sur un mundo nuevo y alternativo, que representa una esperanza para el 80% de la humanidad que vive en el Tercer Mundo. Una esperanza y una utopía que viene del Sur para la salvación del planeta.

De un capitalismo de desarrollo a un capitalismo salvaje

El hecho mayor que desafía a la religión y la teología en el nuevo orden internacional es la muerte masiva del pobre. Una reflexión crítica sobre Dios como el Dios de la vida debe partir de esta situación de muerte y de la opción necesaria y urgente por la vida. Hay dos hechos relevantes en la nueva coyuntura: el primero es el fracaso de los «socialismos históricos» en el Este, y el segundo el fracaso del «capitalismo de desarrollo» en el Sur. Sobre el primer hecho se habla y escribe mucho,

pero casi nada se dice sobre el segundo. En el pasado, antes de la caída de los socialismos históricos, el capitalismo en el Tercer Mundo se definía como un capitalismo de desarrollo: buscaba tener un rostro humano, intentaba la integración de la totalidad de la fuerza de trabajo, al servicio de la vida de todos. Se construía un Estado al servicio del desarrollo de toda la nación. El progreso de la nación era el progreso de todos. Casi nunca el capitalismo lograba estas metas, pero por lo menos se definía a sí mismo en función de ellas. El capitalismo del centro tenía interés en los países subdesarrollados de la periferia, aunque fuera para evitar que éstos cayeran en la zona de influencia del socialismo. Con el fin de la guerra fría y la imposición de un nuevo orden internacional, el capitalismo de desarrollo se transforma en un capitalismo salvaje. Este capitalismo salvaje ahora «juega solo en la cancha», sin competidores, concentrando su poder en el Norte y desencadenando toda su agresividad contra el Sur ¹.

El capitalismo salvaje tiene dos características estructurales: es un capitalismo excluyente de las mayorías y un capitalismo destructor de la naturaleza. No se trata de un defecto o una tendencia corregible, sino de una perversión estructural profunda, que amenaza gravemente la vida humana y cósmica, especialmente en el así llamado Tercer Mundo. Veamos cada una de estas dos características, para después hacer una reflexión teológica por la vida.

El capitalismo salvaje (o «economía de pago de la deuda externa», llamada elegantemente «economía de exportación») es en primer lugar un sistema excluyente: deja mucha gente fuera. Este es un fenómeno relativamente nuevo. Se suma al ya muy conocido de la pobreza o de la extrema miseria. Ahora hay un concepto nuevo: el excluido, el marginalizado, el que no cuenta, el desechable, el que no afecta la eficiencia del mercado, el que se puede morir y no pasa nada, el «no-invitado al banquete neoliberal», el que ni siquiera es explotado (pues ser explotado supone estar dentro del sistema), el que no tiene poder.

El Primer Mundo necesita cada vez menos del Tercer Mundo: necesita cada vez menos de nuestras materias primas, de nuestro mercado y sobre todo de nuestra fuerza de trabajo; quizás todavía somos interesante para el turismo o como basurreo para materias tóxicas; pero cada día es más claro que no necesita de las grandes mayorías pobres del Tercer Mundo. También para nuestras economías regionales o locales las mayorías pobres y miserables resultan sobrantes y desechables.

¹Cf. Franz Hinkelammert: «La crisis del socialismo y el Tercer Mundo» en Pasos N° 30, 7-8/1990.

Entre estos excluidos se desarrollan una serie de procesos también relativamente nuevos: la desagregación y fragmentación de la sociedad: se rompen las relaciones sociales y humanas, se desintegra la familia, la comunidad, el barrio. Crece la violencia del pobre contra el pobre, del hombre contra la mujer, del adulto contra el joven y el niño. Crecen las migraciones y los desplazamientos de poblaciones enteras. En medio de tanta desgracia emergen además las epidemias mortales: el cólera, la tuberculosis, la malaria, el sarampión. Muy a menudo los excluidos son victimizados: son declarados víctimas culpables, que deben ser sacrificados en el altar de la economía de libre mercado. El Estado neoliberal ya no considera razonable invertir en salud, educación y otros servicios básicos entre los excluidos, puesto que éstos ya no cuentan para la reproducción del sistema. Las mayorías pobres quedan así fuera de la nueva definición del bien común, quedan fuera de la definición de la Nación como totalidad y fuera del interés de los centros hegemónicos de la economía de libre mercado.

La segunda característica estructural del capitalismo salvaje es su carácter destructivo de la naturaleza y del cosmos. Nace un modelo de desarrollo que es contrario a la naturaleza. El capitalismo no puede no destruir la naturaleza, pues su protección significaría el aumento del costo de producción, el aumento del precio y la consiguiente pérdida de competitividad en el mercado. El capitalismo sólo puede desarrollarse destruyendo la naturaleza. La destrucción de la naturaleza mata doblemente al pobre, pues significa la destrucción de la tierra, base de la posibilidad de sobrevivir, y también la destrucción de su territorio, de su cultura, de su identidad. Esta situación es especialmente trágica para los indígenas.

La Teología de la Vida contra el capitalismo salvaje

En esta situación de muerte la Teología se pregunta por la credibilidad de la vida: de la vida para todos y de la vida de la naturaleza; más radicalmente se pregunta por la credibilidad misma de Dios como el Dios de la Vida, como el Dios creador y salvador. La Teología de la Liberación responde a esta pregunta a partir de una radical y absoluta opción por la vida, al interior de la situación de muerte creada por el capitalismo excluyente y destructor; en esta realidad de muerte-vida, la Teología de la liberación hace también una reflexión crítica y sistemática sobre Dios, para poder discernir a la luz de la fe entre el Dios de la Vida y los ídolos de la Muerte. La Teología de la Liberación llega a ser así, en el contexto histórico del nuevo orden internacional, una Teología de la Vida, contra la muerte y contra la idolatría del capitalismo salvaje. Una teología que busca, a partir de la opción por la vida, resta-

blecer y reconstruir el sentido de Dios y del Evangelio en la sociedad y en la Iglesia.

Esta tarea no es fácil, pues tanto el poder político como religioso imponen los ídolos de la muerte como manifestaciones del Dios único y verdadero, creando así una espiritualidad falsa, antihumana e idolátrica. Como Teología de la Vida, la Teología de la Liberación se despoja más que nunca de toda argumentación ideológica o política. Ya no está en juego tal o cual teoría o ideología, tal o cual sistema político, sino la vida misma de las mayorías. La Teología va ahora directamente al problema radical de la vida y así al corazón mismo de la fe y a la realidad y verdad misma de Dios; la Teología de la Vida parte de la verdad de la vida y de Dios en la realidad histórica, guiada por una fe directa y transparente, superando las ideologizaciones idolátricas y deshumanizantes. Donde hay vida hay Dios; donde hay muerte hay idolatría. Donde la vida es creíble, también la fe afirma la credibilidad de Dios como el Dios de la vida. La vida humana misma llega así a ser un criterio radical de discernimiento y un imperativo absoluto y universal: en lo económico y social, pero también y sobre todo en lo ético, en lo espiritual, en la pastoral y en la teología.

Tanto el poder político como religioso imponen los ídolos de la muerte como manifestaciones del Dios único y verdadero, creando así una espiritualidad falsa, antihumana e idolátrica.

Cuando la Teología de la Liberación habla de Vida, lo hace de una manera universal, es decir, habla de opción por la vida de todos. Se incluye toda la humanidad y toda la naturaleza. Vida también se entiende en su sentido concreto: tierra, trabajo, casa, comida, salud, educación, medio ambiente, participación y fiesta. La Teología de la Liberación asume esta vida concreta de todos como criterio de racionalidad: lo racional es que todos tengan vida: que todos tengan trabajo, casa, salud, etc. El desempleo, el hambre, el analfabetismo es irracional. La vida también llega ser criterio de verdad, bondad y belleza. Lo verdadero, lo bueno y lo bello es que todos tengan vida. La negación de la vida es negación de la verdad, la bondad y la belleza². Estos criterios de racionalidad, verdad y bondad son absolutos y universales. Se aplican en el ámbito económico y político, pero también en el campo cultural, ético y espiritual. La Teología de la Vida asume la racionalidad de una economía y una política de vida, que asegure la reproducción de la vida humana y de la naturaleza. Igualmente, la Teología de la Vida busca ser coherente con una cultura, una

²Se realiza aquí la clásica discusión «Quid est verum, bonum et pulchrum» (Qué es lo verdadero, lo bueno y lo bello).

ética y una espiritualidad de la vida. La opción por la vida no es todavía un modelo de desarrollo, pero nos da la racionalidad y la fuerza para discernirlo, definirlo y construirlo. La opción por la vida nos da la cultura, la ética y la espiritualidad para poder enfrentar el capitalismo salvaje y encontrar y construir alternativas de vida para todos.

En el campo estrictamente teológico la Teología de la Vida asume el criterio de vida para todos y de vida para el cosmos como criterio para definir la misma vida o esencia de Dios. Ya es clásico en Teología citar la conocida frase de San Irineo: «Gloria Dei vivens homo, gloria autem hominis visio Dei» (La Gloria de Dios es el ser humano vivo, la gloria del ser humano es la visión de Dios). La «gloria», de Dios no es aquí el homenaje externo tributado a Dios, sino que designa la vida misma o esencia de Dios³. San Irineo identifica esta gloria de Dios con el ser humano vivo. La gloria o esencia de Dios se revela en la vida humana. La tierra, el trabajo, la casa, la salud, etc., son manifestaciones de la gloria de Dios. En este sentido la vida no es solamente una realidad económica, cultural o ética, sino además una realidad espiritual. Por eso también Irineo agrega que la gloria del ser humano se realiza en la visión de Dios. Dios se hace real en el ser humano vivo y el ser humano vivo se hace también real en la visión de Dios. El Dios de la Vida es así el Dios que se revela y es conocido en la reproducción de la vida humana concreta para todos y en la reproducción y recreación de la naturaleza. La vida es así la condición de posibilidad, a la luz de la fe, para conocer a Dios. En la afirmación de la vida se juega la credibilidad misma de Dios. Toda vivencia religiosa al margen o en contra de la vida es esencialmente equivocada e idolátrica. Una sociedad o una Iglesia que no defienda la vida es idolátrica. La única Iglesia verdadera es la que cree en el Dios de la Vida.

Todo lo anterior supone una crítica radical y global al sistema capitalista dominante y supone una profunda reformulación de la misma civilización occidental, que está en la raíz del actual capitalismo salvaje, marginador de las mayorías y destructor de la naturaleza⁴.

³La palabra «gloria», en hebreo kabod, designa el «peso» o «esencia» de Dios. Cf. Ex., 33, 8; Sal 113, 4.

⁴Dice Hinkelammert: «Una alternativa no puede aparecer sino a partir de una afirmación de la vida frente a esta celebración de la muerte. No obstante, la afirmación de la vida no puede ser una simple afirmación romántica...Ella impone una reformulación de la civilización occidental que implique su superación. Tiene que reconstituirla a partir de la vida de todos aquellos que han sido excluidos de la vida por esta misma civilización» («La lógica de la expulsión del Mercado capitalista mundial y el proyecto de liberación» en Pasos, número especial, 3/1992, p.19).

La reconstrucción de la esperanza y la utopía

El colapso total de la esperanza.

Vivimos una crisis total de esperanza. Reconstruirla, con un sólido fundamento en alternativas económicas y políticas al actual sistema de libre mercado, es visto como un acto irracional, incluso subversivo. La destrucción de la esperanza aparece como una necesidad profunda y estructural del nuevo orden internacional; la desesperanza es como el espíritu que lo hace vivir. Se cumple la esperanza de todos los opresores: construir una sociedad donde por fin los pobres ya no tengan esperanza. Surge también la esperanza de tener finalmente una Iglesia sin Teología de la Liberación. El nuevo orden internacional se impone inexorablemente destruyendo toda resistencia, esperanza y utopía, sobre todo entre las mayorías pobres y excluidas.

La destrucción de la esperanza tiene muchas dimensiones. Es la destrucción de la espiritualidad de resistencia de los oprimidos, de la voluntad política de los pueblos, es la deslegitimación de toda teoría crítica y de toda utopía⁵. Se utiliza la crisis de los socialismos históricos y del marxismo para destruir toda esperanza e imponer el sometimiento ciego al nuevo orden internacional. Diferenciamos la crisis de los socialismos, que es algo objetivo, de la utilización interesada de ella para destruir toda esperanza⁶. Los economistas y teólogos neoliberales hoy hablan como hablábamos nosotros en los 70: «el futuro nos pertenece». Pueden repetir, aplicándolo perversamente ahora a la economía de libre mercado, lo que el Che Guevara decía en su tiempo: «El presente es de lucha, pero el futuro es nuestro». Existe la euforia de poseer el futuro, de vivir el final de la historia⁷ y el Reino de los mil años. El mismo sistema, es presentado de modo mesiánico: todos los problemas de la humanidad serán finalmente resueltos por el libre mercado, la ciencia y la tecnología.

La economía de libre mercado se impone como la única alternativa⁸. Mercado o Muerte. Mercado Juicio Final. Mercado Total. Globalización absoluta y necesaria. Fuera del Mercado no hay salvación. La esperanza es el Mercado. No hay alternativas, no porque no existan, sino porque el sistema tiene el poder de destruir toda al-

⁵Helio Gallardo: «Radicalidad de la Teoría y sujeto popular en América Latina» en Pasos, número especial, 3/1992, p. 30.

⁶Helio Gallardo: «Cinco mitos en torno a la crisis del socialismo histórico» en Pasos N° 31, 9-10/1990.

⁷Francis Fukuyama: «¿El final de la historia?» en The National Interest, verano 1989.

⁸Para lo que sigue, Franz Hinkelammert: «¿Capitalismo sin alternativas? Sobre la sociedad que sostiene que no hay alternativa para ella» en Pasos N° 37 9-10/1991); y «La lógica de la expulsión...», cit.

ternativa y de matar a todos los que piensan alguna alternativa. Por eso se destruye el proceso de cambio alternativo en Chile en 1973, en Nicaragua en 1990, en Haití en 1991; por eso se mata a los seis jesuitas en 1989 en San Salvador. De los años 50 a los 70 existía una economía de desarrollo con una cultura de la esperanza (común a todas las ideologías: democristianas, socialdemócratas y socialistas); desde los 80 se impone un capitalismo de libre mercado con una cultura de la desesperanza, que se funda en la destrucción de toda esperanza y de toda alternativa.

La respuesta de los pobres y de los excluidos.

La reconstrucción de la esperanza es una tarea fundamental de los pobres y excluidos, de los que sufren. Es también una exigencia radical de la fe, como también la racionalidad profunda y la misión fundamental de la Teología de la Liberación. La reconstrucción de la esperanza, para que sea real y no ilusoria o ideológica, debe partir de los pobres y excluidos, tener una base económica y social, y, por último, elaborar una estrategia concreta de realización. Veamos estas tres condiciones.

El sujeto de la reconstrucción de la esperanza. Nuestro punto de partida es la capacidad de resistencia de los más pobres y excluidos; debemos aprender de la experiencia acumulada de los oprimidos, especialmente de los indígenas y afroamericanos, que han vivido 500 años de resistencia y esperanza; aprender de todas las experiencias de vida y de organización de los excluidos del sistema neoliberal; aprender de la economía popular y solidaria de los sectores así llamados informales. Aprender de las mujeres, especialmente de las más pobres, que han llevado desde siempre todo el peso de la sobrevivencia y que en este siglo han emergido como movimiento y sujeto social en el sistema actual. Aprender de la sabiduría popular, de los humildes, de los que soportan el dolor social, de los que ven y sufren la sociedad actual desde fuera y desde abajo. Las alternativas surgen cuando uno las busca, la esperanza nace de la lucha por la vida. Esta perspectiva ha estado en general ausente en los teóricos y políticos, que muchas veces siguen sus propios intereses o razonan influenciados por la lógica o el sentir del sistema dominante; intelectuales sobre los cuales no pesa la urgencia de la sobrevivencia y el peso de toda la tragedia social. Ultimamente, incluso, muchos teóricos y políticos han perdido toda esperanza y utopía y han terminado asumiendo la racionalidad de la economía neoliberal de mercado, sucumbiendo al chantaje de este sistema que se presenta como única alternativa. La Teología de la Liberación elabora un pensamiento con espíritu, esperanza, utopía, resistencia y misericordia, inspirador de alternativas posibles y horizontes creíbles, que den fuerza y orientación a la acción.

Base económica y social de la esperanza. Un segundo punto es definir la base económica y social de la esperanza. Esta tarea no es fácil, dado la imposición excluyente, como vimos, de la economía de libre mercado y el uso que se hace del fracaso del socialismo real⁹. Sin embargo, la construcción de alternativas es posible. No se trata todavía de construir una alternativa global o macro-alternativa al sistema dominante, pero sí de descubrir espacios donde la vida y la esperanza se hagan posibles y creíbles y desde donde vayan naciendo las alternativas mayores. En los límites de este artículo y para los fines de éste, sólo esbozaremos estas alternativas, que constituyen la base económica y social de la esperanza.

Existe hoy un cierto consenso que ciertas alternativas al sistema de libre mercado están naciendo sobre todo de la sociedad civil. Esta se define fundamentalmente por los movimientos populares, de base o alternativos. La década de los 80 fue una década perdida desde el punto de vista económico, pero fructífera en la creación de nuevos movimientos sociales. Algunos de ellos son: los movimientos indígenas y afroamericanos; de liberación de la mujer, de jóvenes y de niños; ecológicos, por una agricultura alternativa, por un mercadeo popular, por una tecnología apropiada, de economía popular o solidaria; de pobladores o moradores; de derechos humanos y de solidaridad; de salud tradicional o alternativa, de educación popular, artísticos y culturales; religiosos, cristianos, etc. Todos estos movimientos van construyendo una nueva sociedad civil: aparecen nuevos sujetos históricos; aparece un nuevo consenso y conciencia, con una nueva dimensión cultural, ética y espiritual. En ellos se hace una crítica radical al poder político, se hace una crítica a la manipulación y a la corrupción de este poder. El objetivo último de los movimientos sociales ya no es tomar el poder político, sino construir un nuevo poder político, desde abajo, desde la base, realmente alternativo al poder político dominante. A corto plazo se produce una (sana) «despolitización» del movimiento popular, pero a largo plazo va emergiendo una nueva sociedad política más popular, democrática, participativa y eficaz. No se trata de un rechazo de lo político (eso sería una despolitización perversa), sino de la búsqueda de una nueva manera de hacer y de pensar la política. Se toma conciencia también de la fuerza cultural, ética y espiritual del movimiento popular. Ciertamente los movimientos sociales tienen una dimensión económica y social fundamental, pero la fuerza de estos movimientos está también (y muchas veces preferentemente) en su dimensión cultural, ética y espiritual. Hoy se descubre la fuerza histórica transformadora que tienen estas dimensiones. La nueva conciencia que emerge de la sociedad civil alternativa tiene, además de su dimensión de clase, una dimensión étnica y cultural, nacional, generacional, de género y ambiental (sobre esto hablaremos más adelante).

⁹Cf. Hinkelammert: «¿Capitalismo sin alternativas?...», cit.

El objetivo último de los movimientos sociales ya no es tomar el poder político, sino construir un nuevo poder político, desde abajo, desde la base.

Las alternativas que surgen de la nueva sociedad civil, no son a corto plazo una opción global a la economía predominante. El mercado ha logrado tal nivel de totalización que es muy difícil crear una estructura económica global y macroestructural. No se trata por lo tanto de crear una alternativa al mercado en cuanto sistema, sino fundamentalmente de crear una alternativa a la lógica de aquel. Una alternativa a la lógica y racionalidad perversa del mercado, una alternativa a la cultura, a la ética y a la espiritualidad destructiva del mercado (en teología la llamamos idolatría del mercado). Esta resistencia no es puramente ideológica o superestructural, sino que se concreta en espacios de vida al interior de los movimientos sociales. Esta resistencia nace en los espacios de vida, de desarrollo, de creación de comunidad, donde se da una real participación de todos y un crecimiento económico compatible con la conservación de la naturaleza.

Las nuevas estrategias de la esperanza. La construcción de alternativas exige la creación de nuevas estrategias y métodos de acción, que hagan creíble la esperanza, diferentes a las utilizadas por las organizaciones sociales y políticas tradicionales. En la nueva coyuntura hay un rechazo radical a sus métodos. Hoy más bien se busca, utilizando una imagen, la estrategia de las hormigas y de las arañas. La fuerza de las hormigas está en su número y en su acción coordinada. Las arañas tejen redes. Hoy no se construyen grandes estructuras de poder vertical, sino redes donde todos quedan «enredados», interconectados e interdependientes. No se habla tanto del poder político en singular, sino de poderes populares (indio, negro, joven, etc.). Todos esos poderes se van articulando para la formación de uno nuevo a nivel nacional, regional o internacional. Se valoriza más que nunca el poder local, comunal, el de la comunidad. Se buscan nuevas formas de coordinación y articulación, donde la cultura, símbolos y mitos adquieren mayor importancia. Nacen estrategias pacíficas de presión sobre el mercado y sobre el Estado. Hay consenso acerca de que el Estado debe «modernizarse», si ello significa sobre todo desburocratización y desmilitarización. Sin embargo, contra las teorías neoliberales que quieren dismantelar el Estado, y contra ciertas teorías radicales en el que sólo ven en él, un enemigo, la nueva estrategia propone más bien un Estado comprometido en la defensa de la vida de las mayorías pobres y de la naturaleza. La presión sobre el Estado, y eventualmente la posibilidad de gobernar o cogobernar, es parte de una estrategia de construcción de alternativas.

La Teología de la Liberación en la reconstrucción.

La Teología de la Liberación busca animar la sociedad civil alternativa que nace de los nuevos movimientos populares, busca ser parte del nuevo consenso y de la nueva conciencia que surge de ellos, asume toda la fuerza cultural, ética y espiritual que los anima y se hace corresponsable de la estrategia para realizar sus objetivos. En los apartados anteriores hemos descripto el espacio y la lógica que anima la renovación de la Teología de la Liberación en la coyuntura del nuevo orden internacional. En ese espacio y con esa lógica la Teología de la Liberación busca desde su propia perspectiva reconstruir la esperanza y la utopía de los pobres y excluidos. Referente a la cultura, se impone el desafío de la inculturación del evangelio o evangelización desde las culturas. Este tema llegó a ser central en 1992, en el contexto de los 500 años y de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo. Se ha dicho mucho sobre el tema, pero todavía se está comenzando, sobre todo si se piensa que dicha inculturación del evangelio se hace al interior de los nuevos movimientos sociales y de la sociedad civil alternativa como respuesta a la crisis de la civilización occidental. Referente a la ética, la Teología de la Liberación busca distinguir claramente entre la ética de la vida y la del mercado. En la primera, la vida humana es el valor absoluto; lo bueno y lo verdadero es que todos tengan vida; trabajo, tierra, alimentación, vivienda, salud, educación, medio ambiente, son los imperativos éticos fundamentales. Esta ética se enfrenta a la ética del mercado, donde los valores fundamentales son el lucro y la ganancia la eficiencia y el poder; también contra una ética de la ley, donde la propiedad privada y el respeto de los contratos se imponen como un absoluto, incluso contra la vida humana misma.

Si en el terreno cultural y ético la Teología de la Liberación tiene un campo inmenso de desarrollo y un aporte urgente que dar, es sobre todo en el campo espiritual donde la Teología de la Liberación tiene su desarrollo más propio y específico. Está claro que aquí no me refiero a esa dimensión espiritual abstracta y alienante, finalmente idolátrica, creada por el mismo sistema dominante. Me refiero a la dimensión espiritual, profunda y necesaria, que anima a la nueva sociedad civil y a los movimientos sociales alternativos; se trata de la dimensión espiritual presente en la opción por la vida y en la reconstrucción de la esperanza. La Teología de la Liberación desde siempre desarrolló una espiritualidad histórica y liberadora; ahora se trata simplemente de reformularla en el contexto del nuevo orden internacional.

La Teología de la Liberación nace de la experiencia de Dios en el mundo de los pobres y excluidos y anuncia a Dios como el Dios de la vida contra los ídolos de la muerte; no es temida porque hable de liberación o política, sino porque habla de

Dios desde los pobres, como un Dios de vida y de esperanza. Nunca la Iglesia ha tenido miedo a la política, pero sí tiene miedo a ser confrontada con el Dios vivo, con el Evangelio de vida, con el seguimiento de Jesús. Esta espiritualidad es lo más propio de la Teología de la Liberación y en ella está su fuerza y su capacidad para reconstruir la esperanza.

Al interior de este planteo fundamental y tradicional, siempre actual, quisiéramos destacar una exigencia urgente para la Teología de la Liberación en la situación presente: la reconstrucción de la utopía. La Teología de la Liberación fue siempre utópica, en la medida que es una teología creyente en el Dios de la vida. Pero hoy día más que nunca necesita ser utópica en este nuevo orden, internacional y pos-moderno, que destruye radicalmente toda utopía. Hay un mesianismo imperante en el globo, que exige ciegamente que todos crean en él y se sometan a él para poder salvar a todos los seres humanos. Pero la realidad es que los invitados al banquete neoliberal son muy pocos y la fiesta se celebra en una tierra cada día más arrasada y destruida. La vida para todos y la conservación de la naturaleza no tienen lugar en esta economía de mercado. Más aún: vida para todos y vida para el cosmos es una utopía que destruiría la economía de libre mercado. Como dice uno de sus teóricos: «Los que quieren construir el Reino de los cielos sobre la tierra, transforman la tierra en un infierno» (K. Popper). Sin embargo, la vida para todos y la conservación del cosmos (anticipo del Reino de Dios sobre la tierra) es la utopía de los pobres y de los excluidos. Esta es la utopía que la Teología de la Liberación busca reconstruir y vivir.

No interesa saber cuándo y cómo se realizará esta utopía trascendente, lo importante es que esta utopía oriente desde ya nuestro pensamiento y acción.

¿Cuál es el fundamento de la utopía que busca reconstruir la Teología de la Liberación? Es claramente nuestra fe en el Dios de la vida como un Dios trascendente. La trascendencia es una dimensión esencial en todo pensamiento utópico. En la tradición bíblica, que es la que asume la Teología de la Liberación, esta trascendencia es presentada en dos etapas. En un primer momento ese límite, más allá del cual se define lo trascendente, es la opresión. Dios es trascendente, porque asegura la vida plena más allá de la opresión. La opresión pone un límite a la vida humana. Dios no acepta ese límite y lo rompe. En este sentido el Dios trascendente es el Dios liberador, el Dios que rompe las cadenas de la opresión, el Dios del éxodo, el Dios de la justicia, el Dios de la vida. En una segunda etapa de la revelación bíblica, el límite que define lo trascendente, ya no es sólo la opresión, sino la muerte. Dios es tras-

centente porque asegura la vida más allá de la muerte ¹⁰. Lo trascendente no es lo que está más allá de la historia, sino lo que está más allá de la opresión y de la muerte al interior de esta historia. Nuestra fe en el Dios trascendente es así el fundamento de la dimensión utópica de la Teología de la Liberación. Esta utopía tiene su fundamento en Dios, depende de Dios, pero se realiza en la historia y es la que orienta nuestra acción y pensamiento. No interesa saber cuándo y cómo se realizará esta utopía trascendente, lo importante es que esta utopía oriente desde ya nuestro pensamiento y acción, y que desde ya, podemos ir adelantando, real y simbólicamente, algo de esta utopía que la haga realmente creíble. La Teología de la Liberación reconstruye la dimensión utópica de su fe al interior de la praxis histórica de Liberación.

Teología de la Liberación como Teología del Sur

Confrontación Norte-Sur y crisis de Occidente.

El Sur designa geográficamente a los pueblos empobrecidos de América Latina, África y Asia, pero también designa simbólicamente a todos los pobres y excluidos de los países ricos del mundo entero. El Norte designa los centros de poder que fundamentalmente están en los países más ricos e industrializados, y designa también a todos aquellos ricos y poderosos que sostienen, gozan o manejan esos centros de poder. Numéricamente el Norte representa el 20% de la población mundial y el Sur representa el 80% restante. Desde un punto de vista económico, podemos graficar el norte y el sur con las siguientes cifras del PNUD: el Norte, el 20% más rico de la humanidad, recibe el 82,7% de los ingresos mundiales; el Sur, el 80% más pobre, recibe el 17,3% de ellos¹¹.

¹⁰ La mejor expresión de la trascendencia como vida más allá de la opresión la tenemos en Is. 65; la trascendencia como vida más allá de la muerte la tenemos en Apoc. 21. En ambos casos se simboliza la trascendencia como «cielos y tierra nueva»; en el primer caso como un mundo sin opresión, en el segundo caso como un mundo sin muerte. Pero en los dos casos, y en toda la Biblia, esta vida más allá de la opresión y más allá de la muerte, es siempre en este mundo, en esta historia.

¹¹ PNUD: Informe sobre desarrollo humano 1992. Citado y comentado por Xabier Gorostiaga: «¿Está la respuesta en los países del sur?» en Envío 11/1992, Managua. En las otras cifras seguimos este artículo. La relación detallada es la siguiente: 20% de la población más rico, 82,7%; el segundo 20%, 11,7%; el tercer 20%, 2,3%; el cuarto 20%, 1,9%; y el quinto 20% más pobre, 1,4%. El 20% más rico de la humanidad controla además 81,2% del comercio mundial, el 94,6% de los préstamos, el 80,6 % del ahorro interno y el 80,5% de la inversión. Queda muy claro quienes son los ricos a nivel mundial y quienes son los pobres, y queda más claro aun la tremenda brecha entre ricos y pobres. Incluso los más ricos entre los pobres (el segundo 20% que recibe el 11,7 % del ingreso) es inmensamente pobre en relación con los ricos más ricos. Hay así incluso una brecha nueva entre los más ricos y los menos ricos.

Además, el 25% de la humanidad que vive en los países ricos consume el 70% de la energía mundial, el 75% de los metales, el 85% de la madera y el 60% de los alimentos. Si todo el mundo consumiera lo mismo que los ricos, explotaría. El actual «orden» internacional, sólo funciona manteniendo la desigualdad. Por eso que, para poder sostenerlo se ha configurado una élite internacional que controla los distintos poderes. Surge también una especie de Estado paralelo global, o mejor, una dictadura internacional, configurada por los Estados del Grupo de los 7. Ese orden internacional se mantiene a nivel mundial con 900.000 millones de dólares anuales invertidos en armamentismo. Además esta estructura de poder se mantiene «por el apoyo individual de millones de ciudadanos in-coordinados conducidos por personalidades magnéticas (carismáticas) que por medio de los medios de comunicación manipulan las emociones y controlan la razón» (Brzezinski, citado por Gorostiaga p. 48).

Cada día se hace más evidente la confrontación internacional entre el Norte y el Sur, las agresiones e intervenciones del Norte contra el Sur. Esta relación es planificada y estructural. Su objetivo es la destrucción de la soberanía de los países pobres del Sur, base indispensable para la construcción de la democracia. La agenda con las motivaciones para la guerra y la intervención se amplía cada día más: lucha contra el terrorismo, contra las drogas, contra la violación de los derechos humanos, y últimamente: para imponer la democracia, la seguridad, la paz, superar el hambre e impedir las migraciones. En la Conferencia de El Cairo hubo el intento abusivo del Norte por controlar la natalidad de la población del Sur. Con esta agenda se justifica toda violación del derecho internacional y a la autodeterminación de los pueblos. Incluso se habla de «soberanías flexibles» (flexibles para ser violadas por los poderes del Norte). Todo este sistema de dominación Norte-Sur es justificado ideológicamente por el neoliberalismo económico y por el neoconservadurismo religioso, con todas las ideologías «modernas» de corte racista, chauvinista, colonialista y autoritario. Muchas Iglesias, con su condena a la Teología de la Liberación, con sus posiciones centralistas, autoritarias y etnocéntricas, también se ponen del lado del Norte. No cabe duda que todo este desequilibrio y desigualdad, toda esta agresión del Norte contra el Sur, toda esta destrucción humana y natural, toda esta destrucción de valores y de legalidad, provoca no sólo una crisis del sistema capitalista, sino más profundamente una crisis de civilización, de la «civilización occidental y cristiana» de la misma modernidad.

La respuesta del Sur a la crisis de Occidente.

En este contexto de confrontación surge en el Sur una respuesta nueva y propia: un movimiento, un consenso, una concertación, una alianza, una agenda, una estrate-

gia, y sobre todo, una nueva conciencia. Es en este contexto que la Teología de la Liberación busca redefinirse como Teología del Sur. Veamos esto con más detalle. En el Sur está surgiendo una nueva totalidad integrada por las diferentes expresiones del pueblo oprimido. Crece la solidaridad entre los movimientos sociales y alternativos y surge una conciencia nueva marcada por la alianza entre trabajo, cultura, género, generación, soberanía, naturaleza y espíritu. El movimiento de confrontación Norte-Sur se hace específico en la confrontación del trabajo contra el capital, de los pueblos negros y culturas indias contra el racismo y etnocentrismo colonial, de las mujeres contra un sistema patriarcal, de los jóvenes contra el autoritarismo, de las naciones pobres contra el intervencionismo y la prepotencia de las potencias occidentales, de la naturaleza contra un sistema de desarrollo que la destruye inexorablemente, un movimiento del espíritu contra un sistema materialista, consumista, perverso e idolátrico.

La civilización occidental, desde sus orígenes en la civilización helenista y grecolatina, pasando por la cristiandad colonial, hasta su desarrollo moderno liberal, se ha basado en la distinción entre alma y cuerpo, en la afirmación del necesario dominio de aquella sobre éste y, finalmente, en su desprecio¹². El alma es considerada como el ámbito de lo espiritual y del encuentro con Dios, el cuerpo como lo material y el lugar del pecado. El dominio del alma sobre el cuerpo es lo racional, lo natural: el alma domina al cuerpo, como la razón domina al apetito, como la forma a la materia, como lo perfecto a lo imperfecto (véase el famoso capítulo I, 3 del tratado sobre la Política de Aristóteles). Lo más importante es que este dominio del alma sobre el cuerpo es tomado como modelo o paradigma social para el dominio del amo sobre el esclavo, del hombre sobre la mujer, del adulto sobre el niño, del ser humano sobre los animales y la naturaleza. Este fue el esquema teórico de la conquista occidental. Uno de sus intelectuales más famosos, Juan Ginés de Sepúlveda, dice: «siendo por naturaleza siervos los hombres bárbaros, incultos e inhumanos, se niegan a admitir la dominación de los que son más prudentes, poderosos y perfectos que ellos; dominación que les traería grandísimas utilidades, siendo además cosa justa, por derecho natural, que la materia obedezca a la forma, el cuerpo al alma, el apetito a la razón, los brutos al hombre, la mujer al marido, los hijos al padre, lo imperfecto a lo perfecto, lo peor a lo mejor, para bien universal de todas las cosas»¹³. Ginés de Sepúlveda usa este esquema para legitimar la dominación de los españoles sobre los indios, que él llama «hombrecillos» (homunculi).

¹²Cf. P. Richard: La Fuerza Espiritual de la Iglesia de los Pobres, San José (DEI) 1988, 2ª ed. pp. 99 y ss. También mi artículo «1492: la violencia de Dios y el futuro del Cristianismo» en *Coricilium* N° 232, 11/1990), pp. 429-38.

¹³Cf. *ibid.*

La nueva conciencia que nace del Sur, del mundo no-occidental, busca justamente subvertir este esquema helenista-occidental-colonial. Nace un movimiento histórico donde convergen los diferentes movimientos sociales y culturales. Lo más interesante es que nace una nueva conciencia, que considera este nuevo movimiento como de carácter espiritual e histórico. En este despertar de los oprimidos en el Sur se da una profunda redefinición de lo que es verdaderamente espiritual, racional, natural y perfecto. Tenemos así una revolución profunda de la misma racionalidad, del derecho natural y del sentido espiritual. La espiritualidad no pasa por un «alma» que domina al cuerpo, sino que es lo que anima al cuerpo en la afirmación de la vida sobre la muerte. Igualmente la espiritualidad no pasa por el sistema patriarcal, autoritario, por la cultura occidental dominante, por el sistema anti-naturaleza. Todo lo contrario: lo perfecto, racional y espiritual es ahora la liberación del cuerpo, la naturaleza, la mujer, jóvenes, indígenas y negros, para construir un mundo donde todos tengan vida.

La Teología de la Liberación como Teología del Sur.

La Teología de la Liberación asume en su totalidad esta nueva conciencia. No sólo esto, sino que además afirma esta concepción verdaderamente espiritual como la inspiración más auténtica y original de toda la tradición judeo-cristiana. La cristiandad helenista/colonial/occidental/liberal subvirtió esta inspiración original del cristianismo y lo transformó en su contrario. No fue el cristianismo el que evangelizó al mundo helenista, sino que fue esta filosofía la que «evangelizó» al cristianismo. Jesús fue sustituido por Aristóteles (esto es explícito en Juan Ginés de Sepúlveda). En el pensamiento cristiano original la distinción-oposición no es entre cuerpo y alma, sino entre vida y muerte. El ser humano es un cuerpo viviente animado por el espíritu. Lo espiritual es la tendencia a la vida, en el cuerpo y en el alma. Lo que se opone a lo espiritual, no es lo corporal, sino lo carnal. La carne no se identifica con el cuerpo, sino con la tendencia de todo el ser humano, cuerpo y alma, hacia la muerte. El espíritu no se identifica con el alma, sino con la tendencia de todo el ser humano, cuerpo y alma, hacia la vida. En el ser humano (cuerpo y alma) hay dos tendencias: una hacia la vida que es la tendencia espiritual y otra hacia la muerte que es la tendencia carnal. El Espíritu Santo nos orienta espiritualmente hacia la vida, en el cuerpo y en el alma. El pecado nos orienta carnalmente hacia la muerte, en el cuerpo y en el alma. La salvación no es, en el cristianismo original, la salvación del alma, sino la salvación del ser humano de la muerte, en cuerpo y alma. El alma no se salva del cuerpo, como era en la filosofía helenista, sino que el ser humano (cuerpo y alma) se salva de la muerte. Esta es justamente la fe en la resurrección (Cf. Rom. 8 y 1 Cor. 15).

El nuevo orden internacional, con su teología fundamentalista y espiritualista, ha generado una crisis profunda y estructural de espiritualidad en el mundo. La crisis de civilización también plantea una reformulación radical del sentido de lo espiritual. Los espiritualismos modernos no son otra cosa que la máxima expresión del espíritu idolátrico de un sistema materialista y patriarcal, destructor de la vida y la esperanza. Ya dijimos más arriba que hoy descubrimos el sentido de lo espiritual a partir de la afirmación de la vida humana concreta; a partir de las esperanzas y utopías de los pobres; a partir de los movimientos de liberación; a partir de la vida de la naturaleza y del cosmos. También dijimos que este sentido de lo espiritual es coherente con el sentido del Espíritu que encontramos en la tradición bíblica. La Teología de la Liberación tiene como tarea fundamental este rescate del sentido de lo espiritual, a partir del rescate del sentido de la vida y de la esperanza, en continuidad con la tradición bíblica y eclesial de los primeros tiempos. En este contexto, con este sentido espiritual, con esta fe bíblica, la Teología plantea también el sentido de Dios. No lo hace en forma falsamente abstracta y universal, sino que plantea el sentido de Dios en la crisis de civilización generada por el nuevo orden internacional; el sentido de Dios en el seno de un capitalismo salvaje excluyente de las mayorías y destructor de la naturaleza; plantea el sentido de Dios desde el Sur, desde ese 80% de la humanidad condenada a la miseria y a la exclusión; plantea el sentido de Dios a partir del sentido espiritual de la vida humana, del sentido espiritual de la vida del indio, del negro, de la mujer, del joven, de la naturaleza.

La Teología de la Liberación busca rescatar el sentido de la vida, de lo espiritual y el sentido mismo de Dios, no sólo en la sociedad, sino también en la misma Iglesia. Ya dijimos que la Iglesia tiene miedo de la Teología de la Liberación, no porque habla de liberación, sino porque habla de Dios. Nuestro miedo más grande como Iglesia es enfrentarnos al Dios vivo, al Dios trascendente en la historia, al Dios de la Vida que se hace presente y se revela en la reproducción de la vida y en la reconstrucción de la esperanza. Nada más inquietante que hablar de Dios desde los pobres y oprimidos, desde el indio o desde la mujer, desde los jóvenes o desde la naturaleza. Este sentido de Dios inquietante es el mismo sentido de Dios que encontramos en la tradición bíblica. Este sentido de Dios es cuestionador, porque proclama un Dios trascendente en la historia, que destruye toda opresión y destruye la misma muerte al interior de la historia y por eso mismo amenaza de muerte a todos los ídolos del sistema. La Teología de la Liberación es por esencia antiidolátrica y destructora de toda falsa espiritualidad; es contraria a los fundamentalismos idolátricos del sistema, que tanto tientan a la Iglesia. En este sentido seguimos necesitando de mucha Teología de la Liberación, para alimentar nuestra espiritualidad y

poder seguir creyendo en el Dios de la Vida, en medio del mundo y al interior de la Iglesia.

Referencias

- *Hinkelammert, Franz, PASOS. 30 - 1990; Gorostiaga, Xabier -- La crisis del socialismo y el Tercer Mundo.
- *Anónimo, PASOS. 3. p19 - 1992; La lógica de la expulsión del Mercado capitalista mundial y el proyecto de liberación.
- *Gallardo, Helio, PASOS. 3. p30 - 1992; Radicalidad de la Teoría y sujeto popular en América Latina.
- *Gallardo, Helio, PASOS. 31 - 1990; Cinco mitos en torno a la crisis del socialismo histórico.
- *Fukuyama, Francis, THE NATIONAL INTEREST. - 1989; ¿El final de la historia?
- *Hinkelammert, Franz, PASOS. 37 - 1991; ¿Capitalismo sin alternativas? Sobre la sociedad que sostiene que no hay alternativa para ella.
- *PNUD: Informe sobre desarrollo humano 1992, ENVIO. - Managua, Nicaragua. 1992; ¿Está la respuesta en los países del sur?
- *Richard, P., LA FUERZA ESPIRITUAL DE LA IGLESIA DE LOS POBRES. p99 - San José, Costa Rica, DEI. 1988; 1492: la violencia de Dios y el futuro del Cristianismo.
- *Richard, P., CONCILIUM. 232. p429-38 - 1990.